

Presentación



Instituto de Estudios Políticos
Jefe Unidad de Documentación

A propósito de la Universidad y la crisis política

La Universidad, como hemos dicho y se ha reconocido en diferentes oportunidades, es el espacio para el desarrollo del pensamiento y de la cultura, para el fortalecimiento de la razón, única vía para la construcción de un hombre, de un ciudadano definido en libertad, justicia y responsabilidad, y de una nación moderna.

Sin embargo, también sabemos que la Universidad, de ninguna manera, es o puede ser un espacio para la inteligencia abstracta, meramente ideal y ajena a las más crudas realidades que el país está viviendo. Por esto, como es obvio, la Universidad se ve integrada, a veces de manera forzada, por las dinámicas y avatares propios de un país convulsionado y en proceso de descomposición histórica y social.

Así, desde los múltiples ángulos que ofrece una sociedad en crisis, la Universidad trata de resistir los embates que da el Estado a partir de la adopción de medidas de política económica que tocan también el ser cultural y el proyecto social de la universidad pública. Al mismo tiempo, nuestra Universidad es convertida en otro espacio dentro del cual se sitúan, expresan y representan las fuerzas en conflicto del país, las cuales tratan de lograr un reconocimiento sustentado en el miedo que suscitan sus acciones, e instrumentalizado en la voluntad de poder de quienes lo realizan, un poder sólo material, sólo violento.

Convertir la Universidad en espacio de choques y confrontaciones que, por disímiles, no dejan de identificarse en sus resultados, ha sido un propósito históricamente recurrente, pero ahora agravado por una radicalización que coloca al Ser Universidad y a los universitarios en entredicho, en interinidad. Que se nos convierta en espacio estratégico para la guerra que vive el país, constituye una decisión que sólo puede dar por resultado acabar con los pocos espacios que van quedando, no sólo para las intermediaciones necesarias que requiere una nación en construcción, sino también para el desarrollo de la cultura, la racionalidad y la misma civilización.

La lógica de guerra desarrollada en amplios sectores del país, determinada por la cerrada relación amigo-enemigo a partir de la cual guerrilla, ejército y paramilitares quieren encuadrar a todas las personas, es la que hoy se quiere expandir al campo académico. Esta situación, investigada y denunciada por la academia, es la de nuestro campesinado inerme, enfrentado a la incertidumbre y el terror que produce un fuego cruzado en el que cada uno de los actores saca provecho y cobra cuentas sobre situaciones imaginadas que los condena e indefectiblemente los arroja al éxodo y el desarraigo. Esta misma lógica, como se dijo, se trata de expandir a la Universidad, experiencia que recorta brutalmente las posibilidades de reivindicar las libertades personales y políticas.

Nos preguntamos si en esta guerra se redefinen los contornos políticos de una lucha violenta y dramática que lleva cerca de cincuenta años; si en ella se está estructurando a la fuerza un orden político; si se está poniendo en juego una definición acerca de los rasgos atribuibles a la autoridad; si la guerra, en fin, puede entenderse como un "instrumento o mecanismo de construcción nacional", de creación de la nacionalidad y de la Nación. A la Universidad le corresponde ayudar a responder esta pregunta, esa es su función.

Por esto, no se trata de reivindicar jurídica o políticamente una supuesta neutralidad frente al conflicto, asumido éste como un asunto complejo que a todos, tarde o temprano, nos cobija en su dinámica infernal y el que la universidad debe abordar desde su condición de centro de producción de saberes útiles a la sociedad. Se trata, más bien, de

reafirmar frente a todos los actores del conflicto que su reivindicación de la guerra, de la muerte y de la barbarie no es el mismo proyecto de los colombianos y mucho menos de los universitarios. Que frente a ese combate circular y sin sentido, sin norte ni dirección histórica, en el que se niega la vida y las posibilidades del ser del hombre común y del mismo Estado, nosotros reafirmamos nuestro derecho, nuestra libertad y nuestra responsabilidad para trabajar en la construcción de una Colombia y de una Universidad, no ajenas a nuestras realidades y limitaciones. Un hombre que, en lugar de la muerte, la violencia y la barbarie, que le niegan a él y a la Universidad sus posibilidades de reconstrucción de un modelo histórico acorde con las nuevas realidades y los grandes retos que tenemos, reafirme su visión positiva de la vida y construya su ideario de libertad, justicia, equidad y democracia.

La Universidad de Antioquia, desde la Rectoría hasta la última de sus instancias, lucha por salir de esta tensión que le producen las políticas privatizadoras y el conflicto, tratando de fortalecerse a pesar de esos proyectos lesivos de los más esenciales principios e ideales de lo que llamamos la universidad pública. Pero si a esta circunstancia se le agrega el señalamiento y la persecución de los académicos y la destrucción de sus espacios, esa universidad pública por ningún lado, desde ninguna perspectiva, podrá ser argumentada en su validez y en su permanencia.

El terror no necesita argumentos, porque no puede tenerlos. Simplemente su valor "tergiversado" es el poder mismo, la fuerza; pero la fuerza despojada de la razón es, ni más ni menos, la máxima expresión de la degradación humana, la ausencia mínima de un orden mental y cultural civilizatorio. Sólo así podrá explicarse la intencional búsqueda de situar a la Universidad y a los universitarios en el eje de convergencia de un conflicto que mientras más presencia material y violenta acumula en el país, más se va desdibujando respecto a los pocos restos que le quedan de idealización histórica.

Sabemos y somos conscientes del poco valor real que en un contexto como el que vive el país, tienen la palabra y la razón. Son símbolos perdidos, pero sin embargo constituyen nuestra única y última fuerza. Las levantamos para sentar nuestra posición de repudio absoluto frente a

todas aquellas conductas y actos que, con base en la violencia, quieren convertir a la Universidad en un espacio de negación y de oscurantismo.

La Universidad no puede enfrentar esta tendencia, no tiene la fuerza material, pero tampoco la quiere tener. La Universidad, al contrario, reafirma ahora más que nunca su autonomía y su independencia como proyecto humanista y civilizatorio frente a todo lo que se viene sobre ella, que es la negación absoluta de la posibilidad de construcción de un hombre digno, de un hombre libre.

Conscientes de la responsabilidad de la Universidad y del Instituto con la crisis social y política que experimenta el país, este número de la revista se dedica, principalmente, al tema del conflicto armado y a los fenómenos de la globalización, el liberalismo y la pobreza. En primer lugar, presenta una serie de reflexiones para una comprensión más amplia y profunda de la guerra, de los actores que la desarrollan y del escenario en que se desenvuelve. Allí se tratan temáticas como el orden, la soberanía, la guerra y el fenómeno del terrorismo; así mismo, desde una perspectiva teórica diferente: la dimensión subjetiva de la violencia, se aborda este problema y su relación con la identidad. Los artículos de la sección especial fueron elaborados por destacados profesores invitados que se refieren a temáticas diversas pero estrechamente relacionadas como los efectos culturales de la globalización, los problemas a que conduce la excesiva desregulación financiera en el ámbito mundial y la tensión entre desarrollo y pobreza. También se presenta una reflexión teórica sobre los conceptos de sistema y régimen político, en la que se realiza una esclarecedora diferenciación de dos conceptos habitualmente confundidos.

William Restrepo Riaza
Director
Febrero de 1999